

para Dios, que pasa por tonta y endemoniada; ora el abad Macario comparado con dos hermanas que jamás rompieron la paz mutua ni con sus maridos; ora á dos padres comparados con Eucaristo y María, matrimonio casto y limosnero. Fuera de las Vidas de los Padres, otra graciosa variante apunta el autor de la vida de San Gregorio: un ermitaño ruega á Dios le muestre con quién compartirá la vida futura, y al oír que con el Papa Gregorio, comenzó á llorar lo poco que le aprovechaba la pobreza voluntaria, ya que tendría en la gloria igual puesto que un pontífice opulento; á la noche siguiente el Señor le dijo: «¿Por qué osas comparar tu pobreza á las riquezas de Gregorio, si tienes tú más apego á la única cosa que posees, á esa gata cuyo lomo acaricias todo el día, que Gregorio á todo el esplendor de su papado?»

Así las variantes fueron muchas con sólo mudar la calidad de la persona cuya vida compensaba todas las prácticas del ermitaño, único centro fijo del cuento según su nueva moralidad; el carnicero, el curtidor era sólo una herencia inútil de las creencias indias, y desapareció como vemos en las redacciones más meditadas y originales. El personaje que le substituyó en las variantes cristianas citadas hasta ahora lleva vida santa y ordenada en medio de los quehaceres mundanales, para contrastar con el aspecto antisocial de la vida ermitaña; pero también se idearon contrastes más atrevidos, como el que se da en la variante del gran prosista español de la Edad Media,

D. Juan Manuel, nacida del choque de las ideas caballerescas con las monásticas. D. Juan compara los méritos del ermitaño á los del Rey Ricardo de Inglaterra, Rey guerrero que había muerto, robado y desheredado mucha gente y que parecía muy alejado del camino de salvación; pero que en un lance apurado de la Cruzada, con un salto heroico había decidido la suerte de un desembarque y ganado más para la cristiandad que el ermitaño con sus penitencias.

Pero la variante que mejor reflejó el contraste original entre el brahmán y el çudra, entre el santo varón y el hombre de vida despreciable, fué la que substituyó el oficio de cazador, pecaminoso en India, por otro pecaminoso en todas partes, y sin más rodeos escogió el de ladrón. Esta variante, que nos lleva ya de lleno al drama de Tirso, se la contaron hacia el año 372 de Cristo á los ilustres viajeros Rufino de Aquilea y Melania romana al visitar el Monasterio de San Pafnucio en la Tebaida. Llevando Pafnucio vida angelical, un día rogó á Dios le mostrase á cuál de los santos era semejante; un ángel le respondió que era semejante á cierto músico que en la aldea se ganaba el pan tañendo. El santo, asombrado con tal respuesta, corre á la aldea, busca al tañedor y le pregunta ansioso por su vida y hechos. El tañedor le contesta llanamente que es un malvado, borracho, disoluto, y que no hacía mucho tiempo que había dejado la vida de ladrón que antes llevaba para acogerse al miserable oficio de que comía. Pafnucio le

estrecha más, para que haga memoria si entre sus latrocinios no había practicado obras piadosas. «De nada bueno me acuerdo, dijo el tañedor, si acaso no es que cuando yo andaba entre ladrones cogimos un día una doncella consagrada á Dios, y como mis compañeros la rodearan codiciosos, me arrojé entre ellos, la arreaté á su brutalidad, y por la noche la llevé sana y salva hasta su casa. También otra vez hallé una hermosa mujer errante en el desierto y preguntéle cómo andaba por tales sitios. «¿Qué te puede importar de esta desdichada? Si me quieres por sirva llévame donde te plazca; mi marido, por una deuda al Erario, yace en prisiones y es atormentado cruelmente; ya nos han encarcelado tres hijos que teníamos, y á mí me espera igual suerte; por huirla me escondo en estas soledades, donde hace tres días que perezco de hambre.» Yo entonces, prosiguió el tañedor, me la llevé á la cueva, le devolví sus ánimos agotados por el hambre, le puse en la mano trescientos sueldos y la acompañé á la ciudad, donde redimió á su marido é hijos de la servidumbre y de los tormentos.» Al oír esto, el anacoreta exclamó: «¡En verdad que nunca he hecho yo otro tanto! Sin duda que habrás oído hablar de Pafnucio, cuyo nombre es famoso entre los monjes; pues sábete que soy yo ese, y que después de haber trabajado no poco por hacer mi vida grata al cielo, me ha sido revelado que ante sus ojos no tienes tú menor mérito que yo. Y hermano mío, ya que ves que Dios te aprecia, no descui-

des temerariamente tu alma.» Entonces el tañedor, arrojando las flautas que llevaba, se fué tras el anacoreta al yermo y sirvió allí á Dios con salmos y cantos espirituales, como antes había servido al demonio con la música mundanal, y después de tres años de vida santa fué transportado entre los coros angélicos. Cuando á su vez Pafnucio llegó á la hora de la muerte, el ángel se le apareció de nuevo á declararle que su puesto en el cielo sería entre los profetas; pero que tan grande gloria no le había sido revelada antes, para que la propia satisfacción no le dañara. Pafnucio, no obstante, murió humillándose y decía: «A nadie en este mundo se le debe despreciar, ora sea ladrón, ora comediante, ora labre la tierra, ó sea mercader, ó viva ligado en matrimonio; en todos los estados de la vida hay almas agradables á Dios que tienen virtudes escondidas en que El se deleita.»

Esta versión, más cruda que las demás de la Vida de los Padres, amonesta al varón que se cree justo, no sólo para que se humille al descubrir las virtudes ocultas del que se le compara en mérito, sino para que no se escandalice aunque vea en el mismo todos los delitos de un bandolero; en el reino de Dios muchos postreros serán primeros, y muchos primeros, últimos; el hijo pródigo puede hallar tanta gracia como el siempre fiel, y los trabajadores que llegan á la viña al caer de la tarde, pueden recibir tanto jornal como los que soportaron el peso del día y el calor.

Así el cuento de Pafnucio nos ofrece ya la anéc-

dota del Mahabharata preñada de toda la virtud dramática que había de producir el *Condenado*. Pafnucio, comparado á un ladrón borracho y libertino, sugirió á Tirso la comparación del ermitaño Paulo con el rufián Enrico. Esta humillación tienta demasiado la conformidad del anacoreta, quien en vez de acatar los juicios de Dios, puede escandalizarse, poniéndose así en camino de la apostasía y la condenación. Para esto era preciso suponer en él cierta soberbia rebelde, y aunque la leyenda en general no pone tacha alguna á la santidad del asceta, D. Juan Manuel, que tan sutilmente sabía ahondar en los asuntos que trataba, nos hace entrever la pregunta dirigida al cielo por el ermitaño envuelta en desconfianza y en orgulloso espíritu escudriñador de los juicios divinos. Según D. Juan, el ermitaño alcanza primero de Dios la promesa y la seguridad de la gloria, y, siendo ya de esto seguro, pregunta quién será su compañero en el paraíso; Nuestro Señor le envía á decir repetidas veces por su ángel que no hacía bien en preguntarle tal cosa; pero el ermitaño se ahinca tanto en su petición, que al fin Dios le responde. Sabido es que los admirables cuentos de Don Juan fueron saboréados por nuestros poetas dramáticos, y parece que esta pregunta insistente y la seguridad de la salvación, de que habla D. Juan, inspiraron á Tirso el tipo del desconfiado que pinta en la primera escena del drama que voy á analizar rápidamente.

Paulo hace diez años que abandonó la deliciosa Nápoles por una selva donde lleva vida solitaria. Pero el fondo de su virtud lo amarga una gota de soberbia; al contemplar el cielo le domina un deseo loco de rasgar aquel luminoso velo y de ver á Dios cara á cara. Preocupado con este afán se retira á su cueva, pero no logra orar, pues le vence el sueño, durante el cual se le figura que la muerte le tira golpes certeros con guadaña y flecha, y que su alma ve al fin á Dios; pero ¡cuánto más le valiera no verle! Le ve como Juez airado que le condena á los eternos espantos. Este sueño esparce sobre Paulo la noche oscura del desconsuelo, de la sequedad espiritual. Paulo no soporta la prueba que Dios hace de sus servidores, y lleno de terror, dudando de su destino, quiere arrancar del cielo una revelación. Una, dos, cinco, seis veces pregunta á Dios si después de tantas penitencias se salvará ó no. Entonces el demonio, que hacía diez años perseguía inútilmente al siervo de Dios, hallándole en este momento de desconfianza y soberbia, cae sobre él, y tomando figura de ángel, se le aparece: «Dios, Paulo, te ha escuchado; ve á Nápoles, y entrando por la Puerta del Mar, hallarás un Enrico, hijo de Anareto; observa sus acciones y palabras, porque el fin que aquel tuviere, ese fin tendrás tú.» El indiscreto temor de Paulo se cambia en indiscreto gozo; no duda que el tal Enrico será todo un santo, y sin perder momento se dirige á Nápoles. Mientras aguarda á Enrico

junto á la Puerta del Mar, aparecen varios galanes con sus amigas que se disponen á merendar en la playa, lastimando con su desvergonzada charla los oídos del solitario que allí espera oculto. En su al-gazara, aquella gente alegre abre un certamen, cuyo laurel se llevará quien pueda ostentar más robos, salteamientos, cuchilladas, muertes y otras hazañas de este jaez; cada uno hace su lista, como en el *Tenorio* de Zorrilla, y á todos vence un Enrico espada-chín, matón, sacrilego, que ha llegado ya al refina-miento de hacer mal por gusto y de jurar de conti-nuo para más ofender al cielo. En vano Paulo no quiere oír las soeces conversaciones de aquellos des-almados; el nombre de Enrico sonaba en ellas fre-cuentemente, y esto le hacía desear con mayor im-paciencia la llegada de su Enrico, de Enrico el vir-tuoso, que le librara del tormento de escuchar más. Pero Enrico el santo tardaba, y el otro Enrico no cesaba de relatar sus fechorías, cifra y compendio de toda la rufianesca. Verdad es que, en medio de todo, aquel Enrico tenía su corazón, y al hacer alar-de de los crímenes deja oír que sustenta con cariño á su tullido padre Anareto con el dinero que quita á la amiga Celia. Al oír al que habla llamarse Enrico, hijo de Anareto, los dos mismos nombres que el án-gel había dicho, Paulo rompe á llorar desconsolado.

Hasta aquí, Tirso no hizo más que dramatizar el cuento de San Pafnucio, mezclándole algunos toques del de D. Juan Manuel. En todas las versiones cris-

tianas anteriores hallamos sólo una apacible histo-ria de edificación moral; en todas aparecen ermita-ños celosos de su aprovechamiento en la virtud, hu-millados por una revelación celeste que al fin acatan sumisos. Pero ahora, Tirso aparece á nuestros ojos derribando con mano inspirada los seculares mo-nes de la leyenda y ensanchando desmesuradamente su alcance moral, su grandeza poética. Al agregarle un desenlace diferente, al prolongar la malsana cu-riosidad del ermitaño en desconfianza, en rebeldía inquieta y en desesperación final, dió al asunto una fuerza terriblemente trágica, y le hizo capaz de re-cibir en sí profundidades teológicas convertidas por maravillosa manera en elementos poéticos. Paulo no se humilla como el brahmán, como el rabí, como el ermitaño tradicional. Al ver que Enrico, al que Dios le compara, lleva malvada vida, no duda que am-bos bajarán á los tormentos infernales, no repara que en la desvergonzada relación, que de sus hazañas hace aquel perverso, se descubre una virtud que hu-biera satisfecho á un San Pafnucio, á un San Anto-nio. Paulo no concibe que Enrico pueda salvarse, y, creyéndose unido á él en igual destino, se juzga re-probado desde la eternidad; aborrece las inútiles pe-nitencias; no piensa sino en la apostasía, y aunque todavía pide de ella perdón al recto juez que le con-dena, decide vengarse del cielo igualando en malda-des á Enrico.

La segunda jornada del drama nos presenta á

Enrico que se dispone á cumplir su oficio de matón y despachar una muerte que ya tenía cobrada por adelantado. Pero mientras llega la hora, va á asistir á su padre, en presencia del cual el perverso rufián pierde toda su ferocidad. Con amoroso cuidado solicita la vida que se apaga de aquel anciano tullido; tráele en el lenzuelo la comida que compró con dinero quitado á su amante, reservado del juego ó robado en peligrosos escalos; pónale la mesa y le ayuda á acercarse, arropándole con esmero femenino; escucha embelesado los consejos del viejo Anareto; procura ocultarle sus fechorías, para que no reciba por ellas el menor disgusto de tantos como con sus crímenes causa; hasta ofrece casarse por no desobedecerle. Esta escena de Enrico y su padre, ideada con una delicadeza á la par que con una desenvoltura y un atrevimiento extremos, que tentó la imitación de Moreto, Rosete Niño y Jorge Sand, ¿no recuerda la del cuento morisco, entre Jacob el carnicero y sus impedidos padres, más tosca y pobre, pero esencialmente igual? He aquí un rasgo conservado con una exactitud pasmosa: el cazador Dharmavyadha, el carnicero Jacob y Enrico sirven por sí mismos de comer á sus decrepitos padres, y éstos bendicen al buen hijo. Ya dije que los ermitaños de Egipto olvidaron en el cuento el amor filial como mortificante para la vida ascética; pero Tirso no rehuyó este contraste: en un arranque genial restituyó la leyenda á su estado primitivo, y el anacoreta in-

dio que abandonaba á sus padres por recitar los libros sagrados, volvió ahora entre los cristianos á ser humillado por el buen hijo. Claro que esta feliz restauración no pudo ser casual, y por este rasgo, así como por otro muy importante de que luego hablaré, creo evidente que Tirso conoció la leyenda morisca ú otra muy parecida.

Pero sigamos recorriendo la serie de incidentes con que Tirso enriqueció la leyenda hasta su desenlace enteramente nuevo. Enrico, por respeto á su padre, deja de cometer la muerte que ya tenía cobrada. Sobre esto se levanta pendencia con el pagador, á quien Enrico mata, y de las garras de la justicia escapa por mar, nadando, hasta que le salvan de las ondas unos bandidos de la cuadrilla de Paulo. Paulo, poseído de una sed insaciable de pecar, se había hecho bandolero en la selva antes testigo de sus penitencias. Un pastorcillo se le presenta tejendo una corona para la perdida oveja que busca con amor en aquellos valles, cantando un divino romance:

No desconfíe ninguno,
aunque grande pecador,
de aquella misericordia
de que más se precia Dios.

Pero Paulo, que tan fácilmente se dejó arrastrar por las palabras del demonio, resiste tenaz los impulsos de la gracia; se conmueve al escuchar al pastorcillo, pero descamina su aviso, deseando averiguar

si Enrico, á cuya suerte se cree ligado, tiene intención de arrepentirse ó no. Y entonces mismo le traen sus bandoleros á Enrico que acaban de salvar del agua. Paulo, queriendo probarle, le manda atar á un árbol para que le asaeten, y mientras los bandidos se preparan á hacerlo, viste Paulo su sayal religioso y predica contrición al sentenciado. Inútilmente. Enrico le despacha con brusquedad y pide cuanto antes la muerte, sin dar oídos á las ansiosas exhortaciones del ermitaño. La desesperación de Paulo es ya completa. Manda desatar á Enrico y le cuenta la revelación que une la suerte de ambos. Enrico le replica: «las palabras que Dios dice por un ángel encierran cosas que el hombre no alcanza; yo no hubiera dejado la vida que tú seguías, pues dejarla ha sido desesperación, venganza y rebeldía al poder celeste. *Yo soy el hombre más malo* que ha producido la naturaleza,

mas siempre tengo esperanza
en que tengo de salvarme,
puesto que *no va fundada*
mi esperanza en obras mías,
sino en saber que se humana
Dios con el más pecador
y con su piedad le salva.»

Iguales palabras dice Jacob, el carnicero de la leyenda morisca, que sin duda influyó en Tirso para poner en el bandolero del cuento de San Pafnucio este profundo sentimiento de esperanza absoluta en

Dios y desprecio de sí mismo. Jacob dice á Moisés iguales palabras que Enrico á Paulo: «*Yo soy de los del fuego del infierno*, pero tengo confianza (feuzá, dice el texto aljamiado) en el perdón y la piedad de mi Señor, *no por mi ayuno, ni por mi oración, ni por mi limosna*, empero por la piedad de mi Señor.»

Enrico se entiende pronto con Paulo, y añade: «Pero ya que has hecho el desatino de dejar tus penitencias, vivamos alegres en esta montaña mientras llega la muerte.» El ermitaño y el rufán que de tan opuesto camino venían, se encuentran al fin en su vida, para luego volverse á separar. Uno y otro son ya bandoleros; ¡pero cuán diferente es el impulso que les arrastra al crimen! El que vivía en santidad, por la orgullosa estima de sus méritos y la desconfianza de Dios, desecha todas las virtudes sin guardar siquiera un rastro de ellas, se cierra todo camino de redención lanzando al cielo sus delitos para desafiar el castigo. El que creció en el libertinaje, aunque se halla ya casi imposibilitado para el bien, por el humilde desprecio de sí y la esperanza en un auxilio superior á sus fuerzas, hace fructífero el ejercicio de una sola virtud que conserva, y redime su alma. Le salva su amor filial.

Al decidirse á vivir como foragido con Paulo, se acuerda Enrico de su padre abandonado, y para traerlo consigo, vuelve temerariamente á Nápoles de donde venía huyendo. Pero la buena estrella que le ayudaba en sus crímenes, no le ayudó en su arran-

que supremo de amor: al entrar en la ciudad cae en manos de la justicia, y es sentenciado á muerte. Ya en la cárcel, se disputan el corazón de aquel malvado el cielo y el infierno; el demonio abre un portillo en el muro para que huya el criminal, pero éste, al salir, oye una voz:

Detente, engañado Enrico,
no huyas de la prisión;
pues morirás si salieres,
y si te estuvieres, no.

Y dócil á este aviso de la gracia, desprecia la libertad. Está muy lejos el reo de darse cuenta de aquel impulso á que obedece sin saber por qué; la idea de la horca le enfurece, y rechaza colérico el arrepentimiento de la confesión; ¿qué memoria puede hacer él de sus innumerables delitos? «Dios es grande, dice, y su misericordia me puede salvar si quiere.» Y le salvan esta confianza en Dios y aquella única virtud de su vida. Cuando más lejos estaba del arrepentimiento y más cerca del cadalso, el viejo Anareto salta de la cama, y apoyado en sus muletas llega á despedirse del hijo. A las severas exhortaciones del padre para que no desafíe la bondad divina, el criminal que poco antes se batía con los eslabones de su cadena contra los esbirros y amenazaba á los que le hablaban de penitencia, pierde toda su diabólica pujanza para trocirla en ternura, y guiado por su padre, marcha á reconciliarse con Dios y al patíbulo,

sintiendo ya muerta dentro de sí su alma fiera y dura.

—Vamos, hijo.—¡A morir voy!
¡todo el valor he perdido!...
—Dios te dé favor.—Sí hará,
que es mar de misericordia;
aunque yo voy muerto ya.

Así Enrico alcanza la gloria por la mediación de Anareto, como Jacob, en el cuento morisco, por la bendición de sus padres.

Muy distinto era el ánimo de Paulo. Desde que vió la impenitencia de Enrico atado al árbol, cae en los tormentos de un condenado en vida. El pastorcillo que antes le había hablado de misericordia, quiere sacarle de este infierno anticipado y se le presenta de nuevo continuando su mística parábola: todavía anda, los pies sangrientos, buscando la mejor oveja que está perdida, llamándola con silbos; y viendo que no acude, deshoja la corona que antes tejía para ella y esparce por tierra sus flores mezcladas con lágrimas. Ni las dulcísimas palabras de este pastorcillo, ni la visión del alma de Enrico que del patíbulo es recogida por los ángeles, sacan á Paulo de su triste desconfianza. Acosado por un escuadrón de villanos, que anda persiguiendo los bandidos del monte, es herido, é incrédulo de la salvación de Enrico y seguro de que la suerte de ambos será fatalmente igual, muere en desesperación, sin querer acogerse á la misericordia divina, de la que se cree desheredado.